



Gabriela y las computadoras

697368

Por Jorge Edwards



Los edificios más conocidos de Washington crecen hacia los subterráneos y hacia los costados, y cada generación introduce un estilo diferente. Es algo parecido a lo que ocurría con las catedrales y los castillos de Europa, que tienen, a veces, algunas piedras de la época de Julio César, siguen con algunos arcos románicos, se elevan en estilo gótico y rematan, a menudo, en alguna ventana renacentista.

La arquitectura de Washington también tiene capas sucesivas, pero los períodos han sido cortos y el punto de partida es una imitación europea de fines de siglo XIX. En pocas horas he pasado del gótico inglés, en el castillo de la Smithsonian Institution, al renacentismo italiano algo Kitsch de la Biblioteca del Congreso, cuyos efectos de espacio, en la bóveda central, no dejan de ser impresionantes.

A los costados de la bóveda, como para desmentir la atmósfera renacentista, hay unas pantallas de televisión donde es posible, apretando algunos botones, ver reflejada la bibliografía de un tema específico.

Uno estaba acostumbrado en Chile a los investigadores que escondían un dato, que trataban de conservar una fuente exclusiva, a fin de conseguir el privilegio dudoso de la originalidad.

Aquí, en el paraíso del capitalismo, no se puede dar esa forma de propiedad privada del conocimiento. Cada especialista en un tema dispone de todos los datos posibles e imaginables. Entre nosotros, la falta de información siempre ha sido abrumadora. El exceso de información, aquí, podría resultar angustiioso.

La imaginación servía en Chile para suplir la ignorancia. No sé si ahora sirve siquiera para eso. La imaginación, acá, empieza a trabajar cuando ya se conoce todo. Es la única facultad que permite desprenderse del desierto de los datos. El que se queda encerrado en la cárcel de los datos muere de asfixia.

El ambiente de la Biblioteca, sin embargo, es atractivo. Es un ambiente liberal y cosmopolita. Entro a la sección hispánica y me encuentro con un viejo periodista neoyorquino, J.F. Stone, quien me dice que si era especialista en Kafka, lo más probable es que ya lo hayan despedido.

Mi interlocutor trabajaba en los organismos oficiales de su país, pero prefirió emigrar. Presta algunos servicios en la Biblioteca como especialista en lenguas eslavas. Me hace preguntas sobre Chile y dice, de pronto, que algunos detalles de nuestra vida universitaria le recuerdan las cosas de José Stalin.

"¡Dólese de bromas!", le digo.
"Es verdad", insiste el checo, mientras el señor Stone nos mira con ojillos vivaces.

En una sala vecina trabaja Doris Dana, la última de las secretarías y la albacea de Gabriela Mistral, en compañía del profesor chileno Gastón von dem Bussche. El tuvo la suerte de que una universidad chilena prescindiera de sus servicios. Gracias a eso puede trabajar, en condiciones óptimas, en este recinto que es como el sueño de un estudioso.

El y Doris Dana están dedicados a clasificar centenares, quizás miles, de cartas inéditas de Gabriela. Cartas que después ingresarán a las computadoras. Poco tenía que ver Gabriela con todo este mundo, pero este trabajo, de cualquier manera, es útil. Aparecerá un hombre de imaginación y le dará un sentido a todos estos datos.

Hablamos de la prosa política de Gabriela Mistral, prosa que retumbó hace poco en Chile, en coto cerrado. Las frases de nuestra poetisa son como peñascazos. Lo que ocurre, comentamos, es que cada generación lee de un modo diferente a sus poetas. Y Gabriela está viva. Borges, al acusarla de mediocridad, sólo exhibió una limitación suya, no de ella.

El exceso agobiador de la información, cuando no destruye el ánimo, sirve para dar un pesimismo saludable. En medio de las toneladas de la escritura universal, ¿qué podrá salvarse de Gabriela, de Borges, de Neruda, de tantos otros? En la entrada del edificio, en una vitrina, abierta en el medio, se expone la Biblia de Gutenberg. Sirve para comprobar que en materia de tipografía no hemos progresado nada. Más bien hemos retrocedido. Ninguna edición contemporánea puede ofrecer esos tipos soberbios, inconfundibles, en que cada letra es una obra de arte, casi un ideograma chino.

Se puede leer sobre Gutenberg en los libros de historia. Pero hay que ver para saber apreciar. Y si usted ve después de

El ambiente de la Biblioteca, sin embargo, es atractivo. Es un ambiente liberal y cosmopolita. Entro a la sección hispánica y me encuentro con un viejo periodista neoyorquino, J.F. Stone, quien me dice que si era especialista en Kafka, lo más probable es que ya lo hayan despedido.

Gabriela y las computadoras [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gabriela y las computadoras [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile